

clase magistral

**Contralmirante don
Hugo Castro Jiménez**

Ministro de Educación

Aprecio, como un honor singular, la oportunidad que se me brinda de participar en la inauguración oficial del Año Académico de 1974 de esta ilustre Universidad de Concepción, en conmemoración de sus 55 años de fundación. Al mismo tiempo, me hago cargo de la responsabilidad que va aparejada con semejante honor; por ello, me siento en la obligación moral de exponer ante esta comunidad algunas líneas básicas que dicen relación con el nuevo enfoque del quehacer universitario, inserto hoy en la gran perspectiva de la reconstrucción nacional.

Estamos ante la portada de una nueva etapa histórica; ante nuevas tareas universitarias; el sentido y dirección de ellas, la inspiración creadora, nos es difícil precisarlos, justamente porque estamos en la Universidad de una de las provincias de más empuje en Chile, Concepción. Sí, en la historia concreta de esta Casa de Estudios creo advertir dos de las connotaciones medulares que trazan un camino a seguir. Desde luego, un conjunto humano de excelencia académica; una rica experiencia de investigación de alto nivel; una línea de docencia superior que encarna lo mejor de la historia de esta Universidad. Lo realmente universitario se da en esta suerte de mística, entregada al saber, a su comunicación y a su ininterrumpido enriquecimiento. Pero, además, en una nueva dimensión creadora, este saber fue penetrando en la realidad regional de Concepción, hasta ser capaz de transformarla, acogiendo en el claustro universitario los requerimientos surgidos de la potencialidad de esta zona y de las propias necesidades humanas de sus habitantes.

Por eso, digo, en esta Casa de Estudios se amarran, de modo verdaderamente dinámico, dos de las características esenciales de una Universidad moderna: sentido desinteresado de la ciencia, del arte, de la tecnología, del análisis, de la realidad geoeconómica y social de la zona en que está emplazada esta Universidad de Concepción.

Sin embargo, parece útil subrayar que en esta alianza entre el saber puro y su aplicación a la realidad regional, el centro del interés, la razón que

justifica tantos meritorios esfuerzos, es el hombre de carne y hueso. El mismo que sueña, se fatiga, sufre y goza, así en la quietud de su claustro como en las profundidades de las minas del carbón. Para decirlo con las precisas palabras del informe Fauré, de UNESCO, "sin personalización del arte educativo no se tocará ni comprometerá al hombre concreto en sus dimensiones reales y en la multiplicidad de sus necesidades. No se divisa otra fórmula para funcionalizar el elevado quehacer universitario que planificar, en el hombre, en la persona humana, la acción de la Universidad tanto la que se desarrolla en su interior como aquélla que se proyecta hacia su contorno geográfico y humano".

En otras palabras, si bien la Universidad desde suyo es una comunidad humana con perfiles específicos, está inserta totalmente en una comunidad regional y nacional, de cuya savia se alimenta y a cuyo servicio debe estar. Bloquear estas vías de intercomunicación no es tan sólo un acto suicida, en orden a la comunidad regional y nacional, sino también un gesto incomprensible de lesa universidad. Esta reciprocidad de apoyo y de servicio, la comunidad universitaria, la comunidad regional y nacional, exige a las universidades, a la región y al país, un manejo cuidadoso de las múltiples variables que inciden en su desarrollo. Una de estas variables es la de los aspectos humanos de excelencia disponibles para la docencia universitaria, frente a las demandas de enseñanza superior. Juega en este terreno el mismo axioma económico que crea tantas tensiones en toda sociedad: recursos siempre escasos y demandas siempre crecientes.

No obstante, los prodigiosos avances científicos y tecnológicos tienen ciencia en su acción; todos los esfuerzos de la economía mundial tienden, en última instancia, a optimizar los recursos disponibles para satisfacer las demandas.

¿Por qué no ha de hacerse el esfuerzo paralelo en lo tocante a nuestras universidades? No sería honesto desconocer que el problema resulta delicado en sí mismo, más delicado aún conjugar acciones para resolverlo. Sin embargo, ya existe consenso respecto a algunas de ellas. Me parece oportuno consignar aquí, durante la apertura de las tareas académicas de esta Universidad de Concepción, en primer término, que las dispersiones y desconcentración de los elementos académicos de mayor rango de unidades de enseñanza superior diseminadas a lo largo y ancho de nuestra geografía atentan directamente en contra de la excelencia de la labor universitaria, disminuyendo su grado de productividad científica, duplicando innecesariamente tareas y funciones que no obstante, por la razón anotada, se ejecutan a niveles cualitativos dispares y con una implementación material generalmente deficiente. En este contexto, la inversión educacional, que tantos sacrificios cuesta a la comunidad chilena, asume el carácter de gasto oneroso, no suficientemente productivo. Resultaría, entonces, paradójal que, mientras el país se esfuerza por despegar hacia un desarrollo cultural, social y económico sostenido, lo que implica un manejo racional de todos sus recursos, los que se destinan a la enseñanza superior, siendo de suyo escasos, no se empleen eficientemente. Por ello, una de las tareas prioritarias, en orden a la vida y desarrollo universitario, es la de racionalizar su funcionamiento en términos de estructurar unidades de enseñanza superior que respondan a los

dos requerimientos que se han señalado antes: cultivo de las ciencias, de la tecnología y del arte, inserto en nuestra realidad regional y nacional, dispuesto a su servicio dentro de las líneas globales de la planificación nacional. Este último condicionamiento dice relación también con el tipo de diversificación de estudios que deben atender las universidades y los cupos correspondientes a las diversas especialidades de su currículum.

No es un misterio la extraordinaria dificultad que existe en todos los países del mundo, cualquiera sea su estándar socioeconómico y cultural, para compatibilizar las demandas efectivas del mercado laboral, sus fondos, sus especificaciones y niveles con la respuesta de las agencias superiores de formación profesional.

Sin embargo, en el mediano y largo plazo hay líneas gruesas de desarrollo del país, que permiten tentativamente y mediante una acuciosa revisión de lo planificado, ir diseñando, en el interior de las universidades, esquemas operacionales que hagan posible formar los cuadros técnicos y profesionales del aparato productor que el país exige. Es ésta una nueva tarea que la Universidad debe asumir con responsabilidad insoslayable si acaso realmente se propone servir a Chile en una hora en que este servicio tiene los caracteres de una cruzada nacional. No quisiera que estas afirmaciones pudieran interpretarse más allá de su sentido obvio y sensato. Ningún interés puramente economicista tiene rango moral como para hipotecar el alto sentido humanista que impregna toda actividad auténticamente universitaria. Estamos convencidos de que tareas universitarias, como la de formar a los cuadros técnicos y profesionales del país, requieren de una cuota imponderable de recepción profunda de investigaciones aparentemente suntuarias y de un tiempo de maduración cultural que no es posible someter a las urgencias de un momento. Se trata, en definitiva, de que este conjunto de esfuerzo no se diluya en multiplicidad de unidades cuya dotación humana, por lo escasa y dispersa, aplaza más allá de lo razonable la hora de responder, con servicio concreto, a las demandas específicas de la comunidad nacional. En este orden de ideas, otra variable fundamental —que decide en buena medida la eficacia y el éxito de las universidades— es el contingente de estudiantes que a ella accede año a año. A nadie puede ocultársele que las universidades reciben el elemento humano que forma el sistema regular de enseñanza. Se están adoptando las medidas técnicas de diversa índole, y se seguirán adoptando otras en el futuro próximo, para garantizar la más objetiva selección humana con miras a su postulación universitaria. El elitismo, que tiende a consagrar un sistema de relaciones de fuerza, impide la promoción de una élite auténtica, pero la ampliación de las bases de la educación, que permite el despliegue en todas las aptitudes, favorece la formación de una élite natural, afirma, en este aspecto, el informe de Fauré, de UNESCO, ya citado.

La expansión cuantitativa de un sistema educacional no puede ser sinónimo de masificación de la cultura y de su responsabilidad en la gestión educativa.

Estamos empeñados, decididamente, en un plan de defensa y promoción de los talentos mediante la convergencia de variadas políticas, que van desde la atención nutricional hasta el diseño de un currículum flexible y dinámico

en el sistema regular de enseñanza. Estas políticas atacarán en su raíz la grave distorsión que tanto presiona sobre la estructura y operación misma de las universidades, consistente en una demanda explosiva e injustificada de enseñanza superior, al paso que sufrimos de un déficit agudo en los niveles técnicos y profesionales de mando medio, sin los cuales es un preciosismo excesivamente lujoso seguir preparando indiscriminadamente elementos humanos para la cúspide del sistema productivo del país.

Este sentido racional y patriótico de defensa de los talentos y el empleo óptimo de los recursos destinados a la formación en ámbitos universitarios no opera, sin embargo, mecánicamente. Es imprescindible que en el interior de estos ámbitos, la disciplina en el trabajo y el respeto y la promoción de las jerarquías fundadas en el talento y en el esfuerzo sean constantes que encaucen y orienten el trabajo universitario. Por cierto que es más fácil desalentar a quienes tienen capacidad y originalidad creativa que incentivar a todos, desplegarla hasta el límite de sus posibilidades.

No existe otro patrón mejor para medir la eficiencia y la productividad de la universidad, sino su real eficacia en el ámbito de la creación científica, artística y tecnológica, íntimamente enlazada con los requerimientos de la comunidad a la que debe servir.

La historia misma de la educación, en todos sus niveles, nos invita a una doble tarea: la de restituir y renovar a la vez; restituir para Chile nuestro patrimonio moral, nuestra tradición nacional, nuestros valores como Nación. Renovar el quehacer educativo, incorporando los avances disponibles, pero, sobre todo, creando nuevas formas originales, según nuestra realidad y nuestra profunda vocación chilena y cristiana. No deberíamos desoír esta doble invitación, porque de acogerla nos afirmaríamos como Nación y nos proyectaríamos hacia el futuro con vigor inusitado.

Estas consideraciones de carácter general, que son aplicables a todo el sistema universitario, deben traducirse ahora, en un nivel regional, en respuestas vitales, engendradas desde las características propias de cada zona. Y es justamente Concepción, centro geográfico del país, quien tiene las mejores posibilidades de dar una respuesta original y creadora. Enclavada frente a la mejor bahía de nuestro litoral, con una potencialidad magnífica en recursos naturales, se abre imponente cara al oeste, donde un océano insondable ofrece y esconde las riquezas del futuro. ¿Por qué no reanudar, desde este punto hidrogeográfico, la búsqueda de nuestro ansiado nuevo destino marítimo? ¿Por qué no impulsar una vez más aquel entusiasmo con que esta Universidad iniciara, hace ya más de quince años, la investigación de nuestro mar? Este es el desafío que Chile plantea hoy en un proyecto de regionalización. No sólo descentralizar, sino, sobre todo, hacer despertar, desde lo más íntimo del ser de cada zona, la propia capacidad para buscar una nueva fisonomía, en una nueva dimensión, que refleje el desenvolvimiento pleno de todos sus recursos y posibilidades, y es ésta, por cierto, una invitación honrosa para una Universidad, como la de Concepción. Sólo es necesario una voluntad tensa, una mente clara y una fe insobornable en nosotros mismos, en nuestro destino, en Chile.